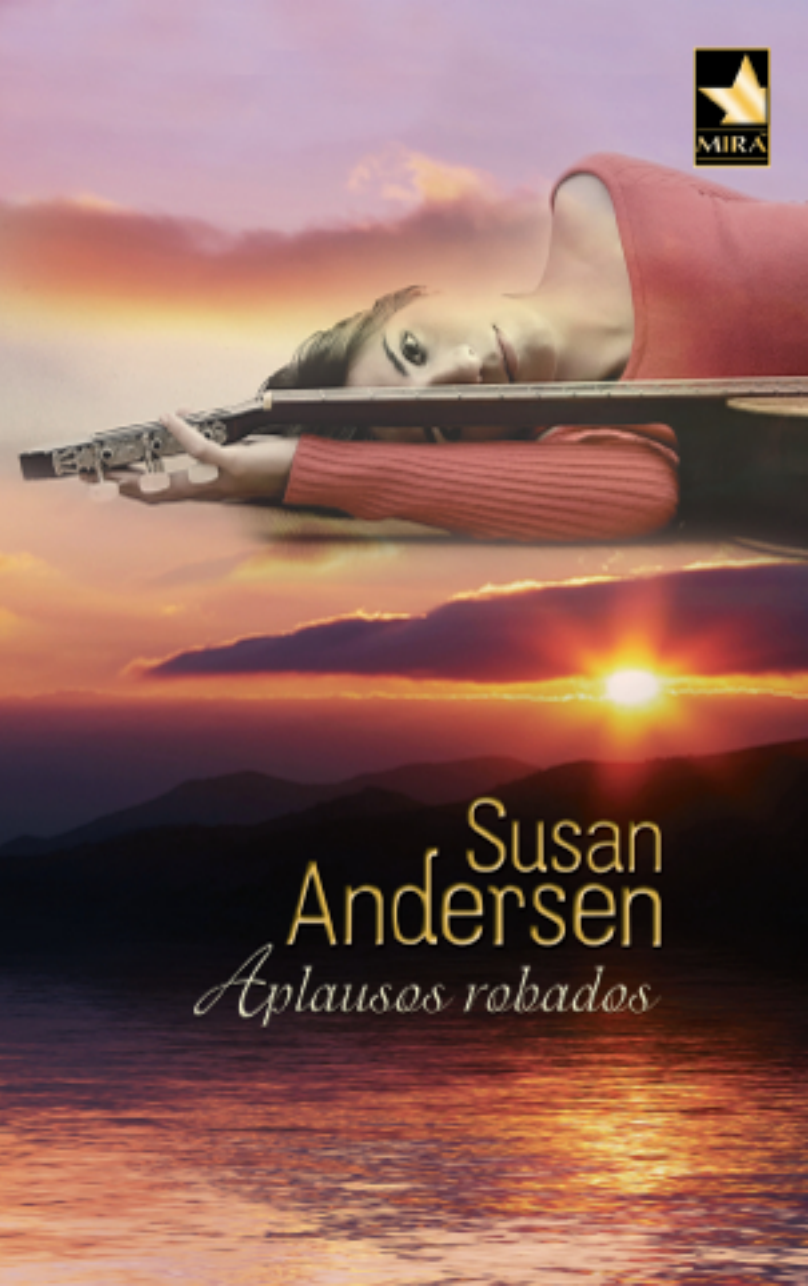

MIRA
Susan
Andersen
Aplausos robados

Prólogo

Titular del periódico *Nashville Tattler*:
La estrella de la música country *Priscilla Jayne Morgan, la ganadora del Grammy, despide a su madre y representante*.

Jared Hamilton indicó al taxista cómo llegar hasta la cabaña de Investigaciones Semper Fi en Denver. El conductor se detuvo en el pequeño aparcamiento frente al edificio y él se bajó. Se quedó mirando el vehículo mientras se alejaba de allí y acababa por desaparecer poco después. Se levantó el cuello de la chaqueta. Hacía fresco a pesar de ser ya casi verano.

Se dirigió hasta la puerta de la casa y entró en el oscuro vestíbulo. La única luz procedía del despacho de John Miglionni, al final del pasillo.

Pasó su propio despacho y llegó hasta el de su cuñado.

—¡Hola! —le dijo, abriendo unos centímetros la puerta—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

John terminó de teclear algo en su ordenador y apartó la silla para mirarlo.

—La verdad es que te estaba esperando.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —preguntó Jared mientras se sentaba en una de las sillas frente a la mesa de John—. Será algo de trabajo, ¿no? Es imposible que estés aquí un jueves a medianoche si fuera algo relacionado con Victoria o los niños, ¿verdad?

El otro hombre lo miró con condescendencia.

—Ya sabía yo que eras un chico muy listo...

—Sí, sí, lo que tú digas. Te lo pregunto de nuevo, ¿qué es lo que pasa?

John lo miró con la mejor de sus sonrisas, parecía muy satisfecho.

—Ayer conseguí un caso muy lucrativo e importante.

—¡Felicidades, Rocket! Eso es genial.

—Sí, estoy muy contento. Pero Willie, que se iba a encargar del caso, está en el hospital por culpa de una apendicitis. Y yo tengo demasiado trabajo con el caso de Sanderford.

Jared le dedicó media sonrisa.

—Entonces, supongo que es una suerte que yo acabe de dar por cerrado mi último caso.

—Puede que no estés tan contento cuando te diga lo que tienes que hacer... —le dijo su cuñado—. La discográfica Wild Wind nos ha contratado para que encontremos a tu vieja amiga Priscilla Jayne Morgan.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Sabía

que reaccionaba así sólo porque le había sorprendido oír de repente su nombre.

—¿Priscilla? ¿Por qué iba a ser eso un problema? —preguntó con calma.

—Pues no lo sé... ¿A lo mejor porque con ella pasaste las dos semanas más intensas de tu vida?

—Sí, es verdad, pero eso pasó hace ya quince años. Ha pasado mucho tiempo —repuso él para defenderse—. ¿Y qué es lo que le pasa a la última y fulgurante estrella de la música *country*? Pensaba que todo le iba de maravilla. ¿Cómo es que no la encuentran?

—Parece que nadie lo sabe. Pero creen que todo empezó el lunes, cuando despidió a su representante que, como sabrás, era su madre.

—¿En serio? —exclamó él con algo de satisfacción—. Me alegro por ella. Debía haberlo hecho mucho antes.

Nunca le había gustado su madre. La había odiado quince años antes y se imaginaba que la mujer no había mejorado nada con los años.

—Pero no sé si es bueno para su carrera. Su madre la está poniendo verde en todas las revistas y televisiones del país. Priscilla tiene que empezar su gira dentro de dos semanas, y la discográfica está poniéndose nerviosa porque nadie sabe dónde está. Si aceptas el caso, tendrás que localizarla y después acompañarla en la gira para asegurarnos de que no desaparece otra vez.

Silbó al darse cuenta de la magnitud del caso.

—¿Durante toda la gira? Pero suelen ser muy largas, a veces duran meses. ¿De cuánto tiempo se trataría? —le preguntó con preocupación.

No estaba seguro de querer ser su canguro durante tanto tiempo. Su relación había sido lo más importante de sus diecisiete primeros años de vida, pero las cosas habían cambiado mucho.

—Serán unas cinco semanas, más o menos.

Se imaginó que podría soportarlo.

—¿Sabe la discográfica cuánto puede llegar a costarles todo esto?

—Sí, se lo dejé bien claro. Pero parece que están mucho más preocupados por lo que les supondría no encontrar a su gallina de los huevos de oro.

—No creo que desaparezca durante mucho tiempo. Ésta es, después de todo, su gran oportunidad. Seguro que aparece pronto, esa gira va a darle el empujón definitivo.

—Como has dicho antes, en quince años cambian muchas cosas. He oído por ahí que se ha enfrentado en más de una ocasión a los peces gordos de Nashville durante los últimos dos años.

Jared había oído lo mismo. Sólo había sabido de ella de vez en cuando a través de la televisión y la prensa. Los periodistas comentaban siempre que era una mujer exigente y difícil.

Su relación había sido intensa pero breve y eso formaba parte del pasado, sentía que ya no la conocía.

Aquella joven dulce, alegre y divertida podía haberse convertido en una mujer tan fría y despiadada como su madre.

1

Portada de la revista *Country Now:*
¿Dónde se ha metido Priscilla Jayne Morgan?

—¡Dios mío! —exclamó Priscilla, tirando la revista y poniéndose en pie—. ¿Cómo que he desaparecido misteriosamente? ¿De dónde sacan todas esas mentiras?

Y esa revista era de las más serias, no quería ni pensar en lo que estarían contando de ella las revistas del corazón.

Fue hasta la ventana y corrió la cortina. No había mucho que ver. Ahora que podía permitirse estar en lujosos hoteles de cuatro estrellas, había elegido alquilar una habitación en un modesto hotel de carretera en medio de la nada.

—Supongo que se puede salir de la vida modesta y conseguir lujos, pero ese pasado siempre queda dentro —murmuró con una sonrisa amarga.

Se separó de la ventana y suspiró. Cuando salió el lunes de casa, no había planeado acabar allí. Había tenido la intención de ir a Los Ángeles, nunca había estado en esa ciudad. Le había parecido algo exótico, estaba lejos y se imaginaba que allí nadie la reconocería.

Había soñado con tumbarse a la sombra de una palmera y tomar cócteles adornados con sombrillas de colores. Había conducido durante diecisiete horas, parando sólo para llenar el tanque de gasolina. Cuando el agotamiento pudo por fin con ella, se detuvo en ese motel de Texas. Había caído rendida en la cama y se había despertado treinta y seis horas más tarde.

Pero no se había metido de nuevo en el coche, algo le había hecho quedarse allí. Ese pequeño pueblo le recordaba a todos los sitios donde había vivido de pequeña.

Y cuando las cosas se ponían feas, a Priscilla siempre le gustaba permanecer cerca de lo que le resultaba familiar y cercano.

Se dio cuenta de pronto de que tenía hambre y de que ya era viernes. Apenas había tenido apetito desde el lunes, y eso sí que era un buen indicativo de lo mal que lo estaba pasando. Recordó un verano hacía ya muchos años, cuando ella y un chico llamado Jared habían pasado juntos hambre por las calles de Denver. Había sido una experiencia tan fuerte que nunca había vuelto a saltarse una comida desde entonces. Pero, durante esos cuatro días, no había tomado más que litros de café y alguna que otra barrita de chocolate que había ido comprando en las gasolineras.

Se recogió el pelo y se lo metió en la gorra de béisbol. Después se puso unas grandes gafas de sol y fue hasta la puerta.

Hacia más calor del normal para el mes de junio y le costó ajustar la vista a la luz del sol. Se caló más la gorra y cruzó el aparcamiento del motel.

El restaurante estaba al lado de una tienda de piensos. Abrió la puerta y la recibieron las conversaciones de un montón de granjeros, el olor de la parrilla y una vieja canción en la gramola de la esquina.

Se quitó las gafas y miró a su alrededor. Todo el mundo dejó de hablar, pero sólo durante un segundo, el tiempo suficiente para ver a la recién llegada. Priscilla era la única mujer allí a esa hora del día. Fue hasta la barra y se sentó en uno de los taburetes de vinilo rojo. No dejaba que los hombres la intimidaran, de otra forma, no podría haber sobrevivido en el mundo de la música. La verdad era que le gustaba estar con hombres y trabajaba rodeada de ellos, desde los músicos a los que montaban y desmontaban escenarios durante las giras.

Apartó el cenicero y tomó la carta plastificada del restaurante.

Una camarera se le acercó poco después y colocó un vaso de agua frente a ella.

—¿Qué quieres, cariño? —le dijo con fuerte acento texano.

Pidió un emparedado de jamón y queso. Sabía que lo mejor era que se lo llevara de vuelta a la habitación, pero le resultaba reconfortante estar rodeada de gente, era a lo que estaba acostumbrada.

Pero se dio cuenta de que no había sido buena

idea quedarse cuando vio que la camarera se acercaba a la ventanilla de la cocina para pedir su emparedado y la cocinera se asomaba después para mirarla. Vio también cómo la camarera la observaba de vez en cuando mientras servía café a la gente y cobraba. Poco después, *Niña de mamá*, su primera canción, comenzó a sonar en la gramola. Quería que se la tragara la tierra y se hundió aún más en la silla.

Llegó entonces Sandy, la camarera, y le entregó la factura.

—Ésa eres tú, ¿verdad? —preguntó mientras señalaba la gramola con la cabeza.

—Ya me gustaría —mintió Priscilla mientras la miraba a los ojos—. La gente siempre me confunde con ella, es una pena que no pueda cantar...

—Eres tú —insistió la camarera—. Te vi una vez en una entrevista en la televisión y no se me ha olvidado tu voz cuando hablas.

Se lo tenía que haber imaginado. Su voz cuando hablaba era bastante peculiar, tan ronca como si fumara tres paquetes al día. Siempre había pensado que Dios le había dado una bella y poderosa voz para cantar para compensar la que tenía cuando hablaba.

Pero decidió no darse por vencida.

—Éste no es mi tono normal. Es que estoy recuperándome de una laringitis que me ha tenido afónica durante días.

Pero se dio cuenta de que no iba a tragárselo. Dejó una buena propina y fue hasta la puerta, pero no tuvo tiempo de salir sin escuchar las últimas palabras que le dedicó la camarera.

—¡No puedo creerme que despidieras a tu propia madre!

Aquello le dolió mucho.

—Métete en tus asuntos —murmuró en cuanto se alejó lo suficiente como para que no la oyeran.

No estaba dispuesta a defenderse frente a los ataques de alguien que no sabía nada de la relación que tenía con su madre. Volvió deprisa al motel.

Acababa de cerrar la maleta y estaba buscando sus sandalias cuando alguien llamó a la puerta.

Se quedó helada mirando la puerta. No podía creerse que los *paparazzis* pudieran ser tan rápidos.

«No seas tonta, seguro que es el director del hotel o alguien de recepción», se dijo para tranquilizarse.

Fue a la ventana y miró entre las cortinas. Había un hombre alto frente a su puerta, pero no podía ver mucho más. Sólo que parecía tener anchos hombros y pelo corto y castaño. Llevaba una camiseta azul marino y vaqueros desgastados. Levantó el brazo para llamar de nuevo a la puerta y vio que en su antebrazo derecho llevaba un tatuaje estrecho y largo. Era verde y parecía una mantis religiosa.

—¡Dios mío!

Se lanzó a la puerta y la abrió de golpe. El hombre, que había estado a punto de llamar de nuevo con los nudillos, retiró deprisa el puño. Priscilla miró primero el tatuaje y después el rostro de aquel hombre.

—¿Jared? —susurró, atónita—. ¿Jared Hamilton?

—Hola, Priscilla.

—¡Dios mío! —exclamó ella de nuevo.

Estaba entusiasmada. Se lanzó a sus brazos, agarrando con fuerza su cuello y rodeando las caderas de aquel hombre con sus piernas.

—¡Dios mío! —repitió mientras lo miraba a los ojos y sonreía—. Los años te han tratado más bien...

Y no exageraba, todo lo contrario. Ya había sido guapo con diecisiete años, pero entonces sus rasgos habían madurado y su rostro era casi perfecto, lo tenía hipnotizada. Tenía una mandíbula fuerte, nariz aristocrática y una boca gruesa y sensual. Su pelo, castaño, tenía mechones que el sol había aclarado. Era como lo recordaba, pero lo llevaba algo más corto. Aún era alto y esbelto, pero mucho más fuerte y musculoso.

Las manos de Jared, que sujetaban su trasero, se tensaron un poco y le sonrió.

—A ti también te han tratado muy bien...

«Claro, muy bien, no *más bien*», se corrigió ella con algo de tristeza.

A él tenía que agradecerle que se hubiera esforzado tanto en lengua durante sus años en el instituto. Su gramática había mejorado mucho desde los trece años, pero acababa de darse cuenta de que no estaba a la altura de ese hombre.

—Te han tratado más bien, te han tratado muy bien... —le dijo, encogiéndose de hombros—. Supongo que no todos hemos tenido las oportunidades que tiene un niño rico como tú. Algunos nunca hablaremos como un estirado banquero.

—No intentaba corregirte, Priscilla. Sólo te decía lo que veo, que tienes muy buen aspecto.

—Ya... Bueno, gracias —repuso ella, volviendo al suelo—. ¿Quieres pasar?

—Desde luego.

Pero se dio cuenta de repente de que aún no sabía qué hacía allí ni cómo la había encontrado.

—¿Qué demonios haces aquí? Este motel no es el tipo de alojamiento al que estás acostumbrado.

—Tampoco pensaba que era tu tipo de sitio ahora que eres una estrella.

Sus ojos eran del mismo gris verdoso que siempre había recordado, pero ya no había miedo en ellos. Parecían más fríos y reservados, le costaba conectarlos con aquel joven. Aquello le dio malas vibraciones.

—¿Qué estás haciendo en este motel, Jared? ¿Cómo me has encontrado? —le preguntó mientras respiraba profundamente para calmarse—. ¡Dios mío! ¡No me digas que eres periodista!

—¡Por favor, Priscilla! —repuso él, frunciendo el ceño—. ¡Ni en broma!

Se le había olvidado que también él había sido en el pasado perseguido por la prensa, en esos días en los que se había convertido en el principal sospechoso del asesinato de su padre.

—Es verdad, Jared. Lo siento.

Su presencia estaba consiguiendo que reviviera su pasado, recordó la seguridad que él le había dado.

—Se me había olvidado lo de tu padre —le explicó—. Entonces, ¿qué haces aquí?

Jared se enderezó y la miró a los ojos.

—La discográfica Wild Wind me ha contratado para asegurarme de que hagas todos los conciertos de tu gira.

—¿Que han hecho qué? —preguntó ella con incredulidad.

No podía haber oído bien. Pero Jared la miró y se dio cuenta de que era verdad. Se quedó helada. No se había sentido tan humillada desde que uno de los novios de su madre la abofeteó por contestarle mal.

—¿Mi discográfica me ha puesto un perro guardián?

—Si es así como lo quieres ver...

La ira nació en su interior y se extendió por todo su ser en cuestión de segundos.

—Nadie puede acusarme de ser irresponsable. ¡Siempre he sido muy profesional!

Jared se encogió de hombros.

—Sólo te estoy contando por qué me han contratado.

Fue hasta la puerta y la abrió. Miró con frialdad al que había sido en un tiempo su mejor amigo.

—Ha pasado mucho tiempo, Jared, y me ha alegrado verte. Espero que la puerta no te dé en el trasero cuando salgas.

Apenas podía respirar con tranquilidad. Le costaba inhalar y exhalar.

—No he faltado nunca a ningún concierto o actuación. Lo he hecho desde los dieciocho años —explicó ella—. No voy a echar ahora mi carrera a perder. Nunca dejaría de asistir a mis propios conciertos.

Sabía que no era justo culpar a Jared de lo que le estaba pasando, pero se sentía traicionada al ver que su discográfica había contratado a alguien para vigilarla, y no tenía nadie más con quien desahogarse. Además, se había sentido desilusionada al ver que él no se había convertido en el tipo de persona con el que había soñado durante años.

—Lo siento, Priscilla —le dijo él sin moverse—. Pero hemos firmado un contrato.

—¿De quién hablas? Yo no he firmado nada.

—No, pero la discográfica Wild Wind y la agencia Investigaciones Semper Fi sí que lo han hecho.

—¿Semper Fi? ¿La agencia del detective que nos encontró en Denver?

—Sí. ¿Te acuerdas de él? Ahora es mi cuñado.

—Claro que me acuerdo de él.

John Miglionni había sido amable con ella. De hecho, había sido uno de los primeros adultos que la habían tratado como a una persona de verdad. No pudo evitar sonreír al recordar a ese hombre, pero no dejó que eso la distrajera.

—Entonces, ¿ahora tú también eres detective?

—Sí, la agencia se encarga de investigar y ofrecer protección personal.

—Vaya... Estaba segura de que a estas alturas serías director general de alguna multinacional.

Él se rió.

—Pero supongo que no. Bueno, me alegro de verte. Ahora, será mejor que te vayas.

—Me temo que no puedo irme, Priscilla.

Levantó la cara para mirarlo de nuevo. Era alto y fuerte, no iba a poder echarlo de allí a la fuerza. Así que decidió intentar otro plan.

—Muy bien, entonces no me dejas otra opción que llamar a la policía.

Él se encogió de hombros y se sentó en la única silla que había en la habitación.

—Muy bien, hazlo —repuso él, cruzando los brazos.

Le había salido el tiro por la culata. Lo último

que quería era tener que llamar a la policía y añadir otro escándalo más a lo que había pasado esa semana. Pero fue hasta el teléfono y levantó el auricular. Al ver que él esperaba pacientemente y no se movía, marcó un número que acababa de memorizar esa semana.

—Agencia de Representación de Benjamin McGrath —contestó una recepcionista.

—Soy Priscilla Jayne Morgan.

—Un momento, por favor, ahora le paso al señor McGrath.

En cuestión de segundos, le contestó su nuevo representante artístico.

—Priscilla —la saludó Benjamin McGrath—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, es que tengo un problema. Hay un hombre aquí, se llama Jared Hamilton, que se niega a salir de mi habitación. Dice que es de la...

—De la agencia de detectives Semper Fi —terminó su agente por ella.

Se le encogió el estómago, pero se esforzó por no mostrar su nerviosismo. Jared la miraba con el ceño fruncido.

—Si no te importa, me gustaría tener un poco de intimidad —le pidió ella con frialdad.

Jared se levantó y salió de la habitación.

Ella volvió al teléfono.

—¿Lo sabes? —le preguntó a su agente—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Veo que no has visto las últimas revistas del corazón.

—No, sólo una de música *country* y no me gustó. Así que no me atrevo a leer las otras.

—Haces bien. La discográfica está un poco nerviosa con la publicidad que tu madre está generando. Ha convencido a las revistas y a Wild Wind de que siempre has sido igual, que siempre acabas escapándote cuando las cosas se ponen feas. Ha contado que te escapaste a Denver siendo una niña.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así? ¡No me escapé, fue ella la que me echó de casa!

Estaba indignada, pero sobre todo dolida. No podía creerse que todo el mundo supiera, gracias a su madre, que había tenido que vivir en las calles.

—Lo sé, lo sé. Pero Wild Wind tiene miedo de que no cumplas con tus obligaciones y...

—¡Nunca he hecho algo así! ¡Soy una profesional!

—A mí no me lo cuentes, Priscilla. Yo lo sé, pero si sigues impidiéndome que niegue las acusaciones de tu madre, no hay nada que pueda hacer para ayudarte. Así que, cuando la discográfica decidió contratar un canguro que se ocupe de que hagas todos los conciertos, todo lo que pude hacer es sugerirles una agencia de detectives. Deja que cuente lo que pasó con tu madre y...

—¡No! Ya te lo he dicho antes, no voy a hablar de eso.

Ya era bastante malo que todo el mundo supiera que había tenido que vivir en la calle, no quería que se enteraran también de que su propia madre nunca la había querido.

—Bueno, si recuperas la sensatez, haré lo imposible por negar las acusaciones de tu madre. Por ahora, lo único que he podido hacer es asegurarme de que, ya que ibas a tener un guardaespaldas, contrataran a alguien que fue bueno contigo.

—Ahora mismo me arrepiento sobre todo de haberte hablado de él.

Se lo había contado porque Benjamin le pidió que le dijera todo lo que su madre podía llegar a usar en su contra. Tuvo que hablarle de su tiempo en las calles y del chico que la había ayudado a mantener la esperanza cuando no era más que una niña asustada de trece años. Le dijo que John Miglionni y Victoria, la hermana de Jared, los habían rescatado algún tiempo después.

—La verdad es que no pensaba que fueran a darle el caso, pero no conozco ninguna agencia de detectives, y cuando hablaron de buscarte, les di el nombre de la empresa de Miglionni porque tú me la habías mencionado hacía poco tiempo. Pensé que el propietario se encargaría de todo, no sabía que Jared Hamilton trabajaba allí hasta que Miglionni me llamó para decírmelo —le explicó Benjamin—. Siento que tenga que ser así, Priscilla, pero la gente de Wild Wind ha insistido mucho. Ésta es tu gran oportunidad.

—Pensé que mi gran oportunidad fue ganar el Grammy.

—Ésa fue tu primera oportunidad. Esta gira es la que va a conseguir colocarte entre los mejores. Así que me temo que tendrás que tragarte tu orgullo y hacer lo que te piden.

Se despidió de su agente y colgó el teléfono. Seguía muy enfadada.

Había trabajado sin parar desde los quince años. Ella era la que sostenía económicamente su familia. No podía creerse que la discográfica sugiriera que no podían confiar en que fuera a ser lo bastante res-

ponsable como para cumplir con los compromisos que había firmado.

Miró por la ventana a Jared. Estaba apoyado en la pared del aparcamiento con las manos en los bolsillos. Vigilaba su habitación con los ojos entrecerrados. La vio tras la cortina y fue hacia allí.

Se enderezó. Ya estaba siendo bastante humillante lo de su madre, no necesitaba además un perro guardián. Estaba harta de que la gente le dijera lo que tenía que hacer. No era tonta, estaba orgullosa de su música y tenía intención de estar en todos los conciertos.

Pero la gira no iba a empezar hasta dos semanas después y necesitaba estar algún tiempo sola para reponerse y concentrarse de nuevo en su trabajo. Lo último que quería era tener que soportar que Jared la siguiera a todas partes y la vigilara. Jared, el que había sido su gran amigo en el pasado.

Parecía que no iba a quedarle más remedio que estar con él cuando comenzara la gira, pero no tenía por qué aceptar su compañía hasta entonces.

Dejaría que la encontrara en Portland, no antes. En cuanto tuviera ocasión, iba a deshacerse de Jared Hamilton tan rápido como pudiera.

2

«La madre de Priscilla Jayne asegura que su hija siempre huye cuando las cosas se ponen feas». Jay Pollen, de la emisora de música *country* KXPS.

De pie en el aparcamiento del motel, Jared sacudió la cabeza con incredulidad al ver que las cuatro ruedas de su coche estaban pinchadas. Maldijo entre dientes y le dio una patada a uno de los neumáticos.

No era propio de él perder así el control, sabía que de nada le iba a servir tener una reacción tan infantil. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó el número de la agencia Semper Fi.

En cuanto oyó la voz de su cuñado, su ira pudo de nuevo con él.

—¡Me ha dejado tirado! —exclamó—. ¿Te lo puedes creer? ¡Me ha dejado tirado!

John se quedó callado al otro lado de la línea y después se echó a reír.

—Siempre me gustó esa chica.

—¡Por favor! Sí, sí, todo esto es muy divertido. No veas cómo me río...

—Sí, ya lo oigo. Pareces muy enfadado —repuso su cuñado con más seriedad—. ¿Qué ha pasado?

—Ha jugado conmigo...

Era cierto, había jugado con él desde el momento que le abrió la puerta de ese modesto motel. Los recuerdos lo habían dominado desde que ella se echara a sus brazos y lo abrazara con todo su cuerpo.

Recordó cómo ella lo había salvado quince años antes, cuando se escapó de Colorado Springs y llegó a Denver. Cuando todo el mundo había creído que él había matado a su padre.

Recordó su intensa personalidad. Ella, con sólo trece años, había vivido cada minuto como si fuera el último. Era emocional, dulce y sensible.

Recordó lo culpable que se había sentido al desear su cuerpo adolescente, su delicada estructura carente de curvas.

Priscilla seguía siendo pequeña y sus pechos no habían crecido demasiado. Pero sus brazos y piernas se habían redondeado, ya no era una niña delgaducha. Le había sorprendido sobre todo su trasero, redondo y lleno, aún podía sentirlo entre sus manos.

—No es fácil jugar contigo —le dijo John, consiguiendo que volviera a la realidad—. ¿Cómo lo consiguió Priscilla?

Dejó de pensar en su cuerpo para concentrarse en la conversación que estaba teniendo con su cuñado. Ya no tenía por qué sentirse culpable si ella despertaba su deseo, pero tampoco iba a hacer nada al

respecto, eso lo tenía muy claro. Era un profesional y tenía que hacer su trabajo.

—Me olvidé de la primera regla de todo detective.

—Bajaste la guardia, ¿no?

—Y de qué manera... Se alegró mucho de verme. Bueno, hasta que le dije por qué estaba aquí. Se enfadó cuando se enteró de que su discográfica me había contratado, pero se le pasó, o al menos eso me hizo pensar. Después, en cuanto me relajé, me dejó tirado.

—Bueno, no pasa nada. Cometiste un error y la trataste como a cualquier otra persona. Cualquiera podría haber cometido ese error —le dijo John.

—No, tú no.

—Yo creo que sí. La conocí hace quince años y aún me acuerdo de ella. Recuerdo su fuerza y su independencia. Pero ¿sabes de qué me acuerdo más que nada? De que era muy dulce. Aparentaba ser dura para sobrevivir, pero tenía un interior muy vulnerable. Eso sí, conocía bien las calles y era muy rápida.

—Y aún lo es. Estoy de acuerdo contigo, John, pero es a mí a quien ha dejado con cara de tonto. Ya puede ser rápida, porque estoy decidido a hacer mi trabajo y encontrarla cueste lo que cueste. Y no me importa que sea una vieja amiga o una nueva diva de la música *country* con fama de irresponsable.

La alcanzó en Idaho seis días después. Para entonces, estaba muy enfadado y había perdido la paciencia. Le había costado mucho más de lo que había previsto.

Observó cómo Priscilla comprobaba que la puerta del hotel estaba bien cerrada antes de guardarse la llave e ir hacia donde estaba él.

Jared la esperaba escondido tras una esquina. La vio pasar delante de él y salió al pasillo.

No pudo evitar que sus ojos se fueran a su redondo trasero, enfundado en unos pantalones tejanos. Llevaba una camisa transparente por encima de una camiseta de tirantes negros y un sombrero de vaquera.

Priscilla se detuvo frente al ascensor y se metió dentro cuando llegó a su piso. Él llegó deprisa a su lado y se coló entre las puertas del habitáculo, que empezaba ya a cerrarse.

—¡Hola! —le dijo mientras contemplaba la sorprendida cara de Priscilla y detenía el ascensor—. ¿Adónde vas? ¿Sales a cenar?

Ella se quedó callada, parecía no poder recobrar la voz.

—Veo que esta vez te has decidido por un hotel un poco mejor. No tan bueno como puedes permitirte, pero mejor que el motel de carretera de...

—¿Cómo me has encontrado? —lo interrumpió ella.

Tenía la cara encendida. Sus ojos almendrados parecían más bellos y exóticos que nunca.

—Sigues con el mismo coche. Fue un acierto que sacaras dinero de tres cajeros el día que me dejaste tirado, pero deberías haberte deshecho del coche en ese instante y haber comprado otro en efectivo.

No podía dejar de mirarla mientras hablaba. No era alta ni voluptuosa y su cabello era castaño. Era la antítesis de las rubias curvilíneas que dominaban la

música *country* esos días. A pesar de todo, tenía algo que la hacía muy atractiva y fascinante.

Pero él no era de los que se dejaban fascinar fácilmente.

—Por cierto, eso me recuerda que me debes sesenta y siete dólares por los neumáticos del coche.

—Puedes esperar sentado —replicó ella con los ojos encendidos por la furia.

Se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que no es razonable pedirte que lo pagues. Se lo cobraré a tu discográfica.

Priscilla lo miró fijamente a los ojos.

—Vete de aquí, Jared.

—Ni lo sueñes, Priscilla. Ya hablamos de eso la última vez, será mejor que lo aceptes.

Ella se ajustó el sombrero de vaquera sobre sus brillantes rizos.

—Es que esto no es necesario. La gira no empieza hasta el veintidós. Así que, ¿por qué demonios estás aquí ahora? ¿Y qué hacías en el motel de Texas la semana pasada?

Maldijo entre dientes; le estaba haciendo las preguntas que no quería tener que contestar, las mismas que se había hecho él.

Podía explicar por qué estaba allí ese día y por qué la había seguido después de que lo dejara tirado en el motel, pero no podía decirle por qué se había presentado aquel día en la puerta de su habitación. No podía decírselo porque ni él mismo lo sabía.

Priscilla, al ver que no contestaba, le dio un golpe en el pecho con la mano.

—¿Y bien?

—¡Eh! —exclamó él, agarrando la muñeca de Priscilla y apartando su mano—. No me toques.

Fue un gesto inocente, pero aquel puñetazo cariñoso le recordó a la niña que había conocido tantos años antes. Supo entonces por qué había ido a verla en vez de vigilarla desde la distancia.

Había tenido curiosidad.

Había sentido la necesidad de descubrir si quedaba algo de aquella niña.

Y estaba claro que algo quedaba.

—¿Desde cuándo no te gusta que te toquen? Solías ser muy efusivo.

—No es verdad.

—Claro que sí. ¿Recuerdas el solar en obras donde dormimos la noche antes de que nos encontrara tu hermana? No dejabas de abrazarme.

Dio un paso hacia ella.

—Sólo porque estabas asustada. Había una tormenta con rayos y truenos.

Priscilla levantó su delicada barbilla con orgullo.

—No es así como lo recuerdo yo. Eras tú el que necesitaba consuelo.

—¡Eres una maldita mentirosa y...!

Se detuvo antes de seguir hablando. No entendía por qué había reaccionado como si aún tuviera diecisiete años. Apretó de nuevo el botón del ascensor para ponerlo en movimiento.

—Eso fue entonces. Y ahora es ahora.

—Ya. Pues lo cierto es que me gustabas más antes. Creía que eras el chico más guapo y listo del mundo. Y ahora me he dado cuenta de que no eres más que un canalla con el corazón de hielo.

—Y estoy orgulloso de ello —replicó él.

Se abrieron las puertas del ascensor cuando llegaron al vestíbulo. Le colocó la mano en la parte baja de la espalda y salieron.

—¿Adónde ibas? ¿A cenar?

Eso esperaba. Eran las nueve de la noche y estaba muerto de hambre.

—No, yo ya cené a las seis, como la gente normal. Los niños ricos y los tontos son los únicos que cenan a las nueve —repuso ella mientras lo miraba con desprecio.

—Muy bien —le dijo él—. Entonces podemos volver a subir para que hagas la maleta.

—¡Vete a paseo, Hamilton! —replicó ella, apartándose de él—. Me quedan ocho días hasta mi primer concierto. A lo mejor entonces no me queda más remedio que tenerte a mi lado. Pero, hasta entonces, no vas a decirme lo que tengo que hacer. Esta vez llamaré a la policía de verdad y al diablo con la prensa. Me da igual. Y al diablo con la discográfica también. No deberían haber contratado una niñera. No entiendo cómo han podido creerse la versión de mi madre.

La miró con el ceño fruncido, era lo peor que le podía pasar. Su agencia de detectives tendría que comunicar a su cliente que no había conseguido vigilar a su nuevo talento y de que además, por culpa suya, la cantante iba a rescindir su contrato con Wild Wind.

—¿No crees que deberías hablar con ellos antes de tomar una decisión así?

—¿Por qué? —replicó ella, pegándose a su cara—. Ellos ni siquiera se han dignado a ponerse en contacto conmigo. Te contrataron sin preguntarse si mi madre estaría mintiendo o no.

Reconoció al instante su mirada. A la vieja Priscilla no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, y veía que eso no había cambiado mucho.

Se encogió de hombros una vez más.

—Si quieres echar a perder tu carrera, adelante, no es asunto mío. Se ve que nunca ha sido algo demasiado importante para ti, ¿no? Lo conseguiste de manera fácil y parece que no te cuesta mandarlo todo a paseo, ¿verdad?

—No, no es verdad —repuso ella, dándole de nuevo en el torso con la mano—. No sabes cuánto he trabajado para llegar donde estoy.

La gente del vestíbulo la miraba con descaro. Priscilla enfadada era una fuerza de la naturaleza y atraía todas las miradas. Pero supo que no le convenía decirle lo guapa que se ponía cuando estaba furiosa; eso sólo conseguiría enfadarla más aún.

—Entonces, no seas tonta. No tires por la borda algo para lo que has trabajado durante años. Además, ¿qué es lo que ha hecho tu madre?

Ella se quedó helada al oír su pregunta.

—Eso no es asunto tuyo —le dijo con frialdad—. Ya no eres mi amigo. Eres sólo el lacayo de la discográfica.

—No soy el lacayo de nadie, preciosa. Sólo me debo a mí mismo —repuso, ofendido.

—Eso dices, y no tengo manera de descubrir si es así o no. De un modo u otro, no tienes autoridad sobre mí. Así que vete, tengo cosas que hacer y gente a la que ver —le dijo Priscilla mientras iba hacia la puerta.

Él la siguió.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

Priscilla se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad? —dijo ella, suspirando.

—No.

—Muy bien, haz lo que tengas que hacer, no puedo mantenerte fuera de los sitios públicos, pero no tengo intención de hacer que tu trabajo sea más fácil. Y no vas en mi coche.

—Ya me lo imagino. Te seguiré desde el mío.

—Si puedes...

Pudo seguirla, pero sólo porque había aparcado cerca del coche de Priscilla. Antes de que arrancara el todoterreno que había alquilado, ella ya salía a toda prisa del aparcamiento. Le costó no perderla de vista por la ciudad, sobre todo porque tuvo que llamar al hotel del que acababan de salir mientras conducía como un loco por carreteras desconocidas.

Quince minutos después, Priscilla aparcó frente a una taberna llamada *Guitars and hot cars*. El nombre estaba escrito con letras rojas de neón. Ella se metió dentro antes de que tuviera tiempo de aparcar.

Entró poco después. Era un sitio bastante oscuro, con la música bastante alta y la pista llena de gente bailando. Había muchas mujeres con sombreros vaqueros y pantalones ceñidos. Empezaba a temer que le había dado el esquinazo saliendo por la puerta trasera cuando la vio sentada a la barra. Hablaba animadamente con el camarero, un tipo sin cuello y lleno de tatuajes.

—La orquesta está tomándose un descanso, iré a

avisar a Burt —le decía el camarero a Priscilla en ese instante—. No va a creerse que de verdad estás aquí.

—Gracias, Wayne.

—No hay de qué. Cuando llamaste, Burt creyó que le estabas tomando el pelo.

Terminó de limpiar unas botellas y llamó a alguien para que le diera el relevo. Después, el hombre salió de la barra y fue hasta la parte de atrás del bar.

Se sentó al lado de ella, en un taburete que estaba vacío.

—¿Tienes una cita con alguien interesante? —le preguntó.

Pensó que Priscilla le iba a ignorar, pero no lo hizo.

—Por supuesto —repuso ella, bebiéndose de un trago lo que le habían servido—. Estoy lista. Burt y yo vamos a sacudir la cama hasta que las llamas nos devoren.

Le sorprendió que sus palabras le produjeran una reacción tan física. Le estaba costando acostumbrarse a aquella Priscilla, toda una mujer, pero era más difícil aún verla como una persona sexualmente activa, que se sentaba a la barra de un bar, bebía como un camionero y hablaba abiertamente de acostarse con un extraño.

—Está claro que has cambiado de opinión desde que te conocí.

Priscilla se giró hacia él y le golpeó la frente con los nudillos.

—¿Estás loco? Entonces tenía trece años, claro que he cambiado de opinión.

—De acuerdo... Bueno, bien... Me parece algo muy sano.

Ella lo miró intensamente con sus ojos color ámbar. Le daba la impresión de que Priscilla era capaz de ver su alma.

—¿Verdad que sí? —le dijo entonces.

Un hombre de mediana edad y bastante grueso se acercó entonces a ellos. Priscilla se giró para mirar al recién llegado y le dedicó una espectacular sonrisa.

—Eres Burt, ¿no? —dijo ella, ofreciendo su mano al desconocido.

El hombre aceptó la mano y la sacudió con entusiasmo.

—¡Eres tú de verdad! Estaba seguro de que Wayne me estaba tomando el pelo...

—No, de eso nada. Como te dije por teléfono, me encantaría tener la oportunidad de tocar con tu banda, si no os importa.

—¿Si no nos importa? ¡Van a volverse locos de contentos! ¿Por qué no vienes conmigo y te los presento?

—De acuerdo —repuso ella mientras se volvía hacia él—. Y tú que pensabas que había venido para acostarme con él —añadió en voz baja.

Burt se quedó perplejo.

—¿Qué? ¿Por qué iba alguien a pensar algo así?

—No tengo ni idea. Algunas personas son de lo más enfermizo.

El hombre lo miró con desprecio y colocó una protectora mano sobre los hombros de Priscilla.

Se quedó mirándola mientras se alejaba. Había vuelto a jugársela.

Ignoró a la atractiva rubia que se sentó en el taburete que Priscilla acababa de dejar libre. La joven lo miraba con una sonrisa sugerente.

Pero se dio la vuelta y se concentró en el cuenco de cacahuetes que había en la barra. Ése estaba siendo uno de los días más largos de su vida.

Y no había terminado aún.

3

Titular del *Country Billboard*:

Gran éxito de ventas del último disco de Priscilla Jayne a pesar del escándalo de su madre.

Priscilla terminó de discutir con la banda el orden de las canciones y después se acercó a uno de los micrófonos, bajándolo para poder usarlo con comodidad.

—¡Hola a todos! Me llamo Priscilla Jayne, y esta banda ha tenido el detalle de dejarme tocar con ellos esta noche. Espero que no os importe...

Todo el público aplaudió, entusiasmado. No pudo evitar sonreír. Le encantaba aquello. La música era lo único que era de verdad suyo. Mientras cantaba, se olvidaba por completo de todo lo que iba mal en su vida. Miró un momento a Jared, seguía en la barra, pero después se concentró en su público de nuevo.